

## NÁUFRAGOS

\*

Héctor arribó a la Isla por su vertiente más oriental. Al pisar tierra firme, la encontró perdida entre las rocas, un singular espejismo en mitad del arrecife. Desde el inicio de la cuesta que descendía hasta la cala, la adivinó desnuda bajo telas transparentes de formas caprichosas.

—¿Por qué has tardado tanto?—preguntó la mujer. Su voz, dulce y afinada, sonaba con la cadencia de las mareas.

—¡Si hubiera sabido que me estabas esperando! —respondió él con cierto sarcasmo.

Sus miradas se cruzaron y quedó hipnotizado por la profundidad de esos ojos verdes, de su brillo desconcertante y provocador.

—¿No me vas a besar? —le dijo, tanteando cada palabra. Él ignoró la pregunta. Ella continuó:

—¿No besas a las mujeres que han naufragado, aunque sea la primera vez en su vida?

Sonrió y se acercó con cautela, sabía que no iba a ser fácil mantener sus intenciones en un equilibrio coherente. La sujetó torpe y tímidamente de los hombros e intentó rozar sus labios evitando el contacto físico.

—¡Ven, apoya tu mano aquí! —resolvió con exquisita dulzura. Le cogió la mano, la guió sin resistencia hasta llegar a uno de sus pechos y sintió el tacto suave de la seda que se confundía con su epidermis.

—¡Tu bañador es fantástico! —comentó en un susurro, turbado por las circunstancias: la lujuria de ese cuerpo magnífico estaba despertando una fiera desconocida en su interior.

Sin decir nada, arqueó ligeramente el tronco y con ese movimiento preciso consiguió que la transparencia desapareciera entre sus pies, dejando la carne bronceada en contacto con sus dedos.

—¿Vamos a nadar? —preguntó, sonriendo y deslizándose con graciosa malicia la punta de la lengua por sus labios humedecidos.

Y sin darle tiempo a madurar esta nueva perspectiva visual, salió corriendo hacia el mar. Él permaneció inmóvil, perplejo, atrapado en el ritmo de sus nalgas que se balanceaban al compás de sus brazos, hasta que desapareció en una majestuosa zambullida sobre las olas.

\*\*

Cuando regresó y se tumbó a su lado para secarse, un profundo escalofrío lo recorrió de arriba abajo. Nunca había visto una mujer tan bella, vestida únicamente por la luz del sol:

su tez, rosada y brillante, y sus curvas, armoniosas y delicadas. Las ráfagas de aire caliente convertían en diamantes las gotas de agua diseminadas caprichosamente sobre su anatomía. Pensó en poseerla, en destrozar esa inviolable quietud que lo llevaba ya a la locura, pero se contuvo.

Después de un prolongado silencio, se acercó a la orilla. Se había formado una línea blanca de sal acumulada y solo se veían las crestas dentadas del arrecife, devastado por la erosión de un océano en continuo movimiento. Comenzó a distinguir los sonidos que llegaban en medio de la profundidad del atardecer, mientras el sol dejaba encendida una larga estela en las aguas tranquilas. Y se percató de que descendía en el cielo siguiendo su trayectoria inexorable.

—¿Qué sucede? —preguntó a sus espaldas de manera repentina, desperezándose voluptuosamente. Durante unos segundos, trató de concentrar su atención en el paisaje, pero no fue capaz de contener sus impulsos: afirmó con frenesí las manos en sus caderas y se dejaron llevar, entrelazados en un escorzo increíble, sintiendo la suavidad etérea de su piel en un clímax perfecto.

\*\*\*

Descansaron admirando el cielo de rojos interminables que se iban desvaneciendo en una armonía ecléctica y absoluta, hasta que el astro rey quebró el horizonte y se deshizo en pedazos de amor. En ese instante último, la besó desesperadamente en los párpados, en los labios, en la hondonada de sus pechos, y se acercó a su oído y le susurró:

—¡Gracias por tu hospitalidad! ¡Ha sido sublime!

—¡Hasta la próxima vez que me vuelvas a soñar! —contestó ella con sincera complicidad.

Y fue entonces cuando evocó el devenir de esas horas que transcurrían ajenas a todo, converger con esa magia, prodigiosas percepciones que llenaban cualquier momento de eternidad. Como este atardecer de los sentidos que acababa de vivir, con un sol inmenso que lo acogió en sus brazos y acabó convirtiéndose en un soberbio cuerpo de mujer, ese cuerpo que dormía oculto en el rincón más profundo de su memoria. Y ahora sabía que, mañana, al despertar, con esa imagen, bastaba para disfrutar de una eternidad de luz sobre el mar.

Seudónimo: KristalMar